

## BAJO LA LUPA

### ¿Empezó la “desglobalización”?

ALFREDO JAUFE-RAHME

**E**ste año fue notoria la sequía de ideas en el Foro Económico Mundial celebrado en la neópolis de Davos por la teología neoliberal que vive la primera fase (la negación) del “síndrome de estrés post-traumático”, antes de entrar a la otra fase de la doble depresión (la siquiátrica y la económica).

Con la esperada excepción de los guetos teológicos de los *friedmanitas* (e *itamitas* en México, controlados por los fracasados salinistas, zedillistas, aspianos, y ahora calderonistas) concluyó el paradigma pernicioso del thatcherismo y su caricatura estadounidense (*reaganomics*) con su engendro teratológico tropical: el decálogo neoliberal del Consenso (sic) de Washington.

Mientras los pensadores lúcidos y los samaritanos del planeta se abocan a rehacer un mundo más viable y sustentable, habrá que vivir el calvario inevitable de la “desglobalización”: término acuñado y hecho libro por Bajo la Lupa, que ya empieza a ser usado en la city, la capital devastada de la *desregulada* globalización financiera.

Sean O’Grady aborda sin complejos la “desglobalización”, su significado (a su juicio) y la razón por la cual Gran Bretaña, la cuna del libre-cambismo y el neoliberalismo, “debe tener miedo” (*The Independent*, 31/1/09). ¿Cómo no va a tener miedo Gran Bretaña, un archipiélago de un poco más de 200 mil kilómetros cuadrados (la décima parte de México), que dominó al planeta y vivió parasitariamente de él gracias a la triple imposición conjunta (colonial, militar y financiera) de su capitalismo radical que se subsume en el *desregulado* neoliberalismo global?

La “desglobalización” es mucho más profunda y extensa (no es unidimensionalmente mercantilista), como expusimos en nuestro libro (*Hacia la desglobalización*, Editorial Jorale, 2007), que el reduccionismo operado por Sean O’Grady y que comprime a un vulgar “proteccionismo”.

El neoproteccionismo con el que ha comenzado a amagar el Congreso de Estados Unidos (*Buy American*: com-

prar estadounidense ante todo) tiene sin dormir al primer británico Gordon Brown, quien acaba de deslizar una *lapsus linguae* freudiano (*The Times*, 4/2/09) al admitir que su país está por penetrar el infierno de la “depresión” económica (ahora sí que vale hacer la distinción etimológica con su similar siquiátrico).

Aun en su edición reduccionista y bajo la óptica exageradamente *anglocentrista*, es útil el abordaje de Sean O’Grady sobre la desglobalización: “Gran Bretaña tiene más que perder que la mayoría con el renacimiento del proteccionismo y la desintegración (¡super sic!) de la economía mundial”. Describe correctamente la dimensión cosmogónica (y agónica) de Gran Bretaña que se encuentra a la deriva: “una de las economías tradicionalmente (sic) más abiertas al exterior, un poder que construyó el mayor imperio que el mundo haya jamás visto, fincado en su comercio internacional”.

Es cierto: Gran Bretaña no sería nada sin su comercio internacional y su leyendaria piratería (marítima, económica y financiera). El libre mercado para

Gran Bretaña es una necesidad aeróbica y ontológicamente geopolítica por la que se ha consagrado durante más de tres siglos a librar guerras globales con el fin de imponer su modelo parasitario al resto del mundo y que llevó a sus últimas consecuencias con el thatcherismo desbocado y su globalización *desregulada*, que la colocaron como el primer sitio de las finanzas globales (paradójicamente, con una economía cada vez más en declive).

Sin el parapeto del neoliberalismo global, Gran Bretaña está punto de ser un país menos relevante y de perder su oxigenación financiera que consiguió a costa de la explotación de los países valetudinarios del planeta, aun al precio de guerras depredadoras: desde sus dos “guerras del opio” contra China hasta sus recientes aventuras en Medio Oriente, que dejó devastado después de su colonización.

O’Grady expone que la “historia mercader (sic)” de Gran Bretaña la “dejó con una dependencia todavía importante en las exportaciones para su supervi-

Continúa en siguiente hoja



vencia (¡súper sic!) nacional económica”. Es elementalmente entendible que sus ideólogos, desde Adam Smith hasta el thatcherismo, aboguen fanáticamente por el “libre (sic) mercado” (que ni es “libre” ni es “mercado”), su “razón de ser”: “17 por ciento de la producción nacional deriva de bienes y servicios vendidos al exterior”, en comparación con las otras dos potencias marítimas de Estados Unidos (7 por ciento) y Japón (10 por ciento).

**Se desprende que** Estados Unidos no depende tanto de su comercio con el exterior y que la globalización mercantil fue un contagio británico al que sucumbió teológicamente Reagan. Es decir: si Estados Unidos se protege, después de sus descabros en todos los rubros de la globalización (la modalidad “financiera”, por suicidio; la “mercantil” frente a China; la “energética” ante Rusia y los países del golfo Pérsico, etcétera) puede recuperar vibrantemente, como en el siglo XIX, cuando prácticamente era autosuficiente, su alicaída manufactura con el fin de crear empleos locales.

**No sólo los** sindicatos que apoyaron a Obama solicitan una fuerte tajada del paquete de estímulo económico para la manufactura estadounidense, sino también el vicepresidente Joe Biden defendió las provisiones neoproteccionistas (en particular la compra del hierro y el acero de Estados Unidos) agregadas por el Congreso (*The Independent*, 2/2/09), lo cual erizó los cabellos de Gran Bre-

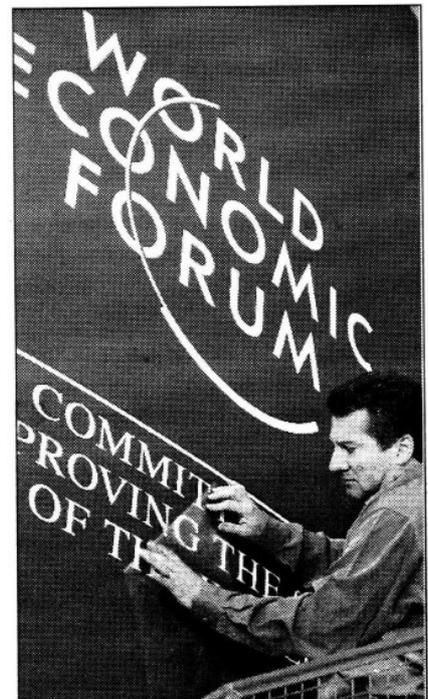
taña, Europa, Canadá y China.

**O’Grady explica** nostálgicamente cómo Gran Bretaña se benefició como nadie de la “integración transfronteriza de la globalización”. Pues sí: “integración” para la *anglófera* y “desintegración” para los demás, como México, el cual, en efecto, es el ejemplo perfecto del suicidio económico a partir de haber adoptado el neoliberalismo (en realidad, le fue impuesto a Salinas por *Daddy Bush*, después de su fraude electoral). Ya desde De la Madrid Hurtado, es decir, desde hace 27 años, no solamente se estancó en un mediocre “crecimiento” de 2 por ciento (el más bajo de Latinoamérica), sino que, peor aún, en su fase terminal, con el calderonismo (la condensación monstruosa del delamadridismo, salinismo, zedillismo y foxismo), ya entró al territorio negativo, con todo y su hilarante cuan delirante *gerenciocracia* (el “gobierno de los empresarios” parasitarios, al estilo Cemex).

**¿Qué advendrá de** los flujos de capitales que solían refugiarse en Londres, ahora que su banca especulativa se encuentra postrada en la insolvencia? ¿Quién sustituirá sus servicios financieros, sus seguros y sus consultorías que se habían convertido en una adicción inescapable para los pobres de espíritu, quienes sucumbieron a la intoxicación de la desregulada globalización financiera? Con la inevitable desglobalización –sea en la acepción reduccionista y *anglocentrista* de O’Grady, sea en nuestra más amplia definición–, se mueren más de tres siglos

de la tiranía teológica del libre-cambismo anglosajón.

**Hasta hoy se** pudo enterrar a Adam Smith, Margaret Thatcher, Fredrich Hayek (con su *clón* trasatlántico: Milton Friedman y sus Chicago Boys) y Tony Blair (con su alucinación efímera de la *tercera vía*). Lo más trágico es que en ese lapso nadie había conseguido asesinarlos: se suicidaron.



Sequía de ideas en el pasado Foro Económico Mundial realizado en Davos ■ Foto Ap